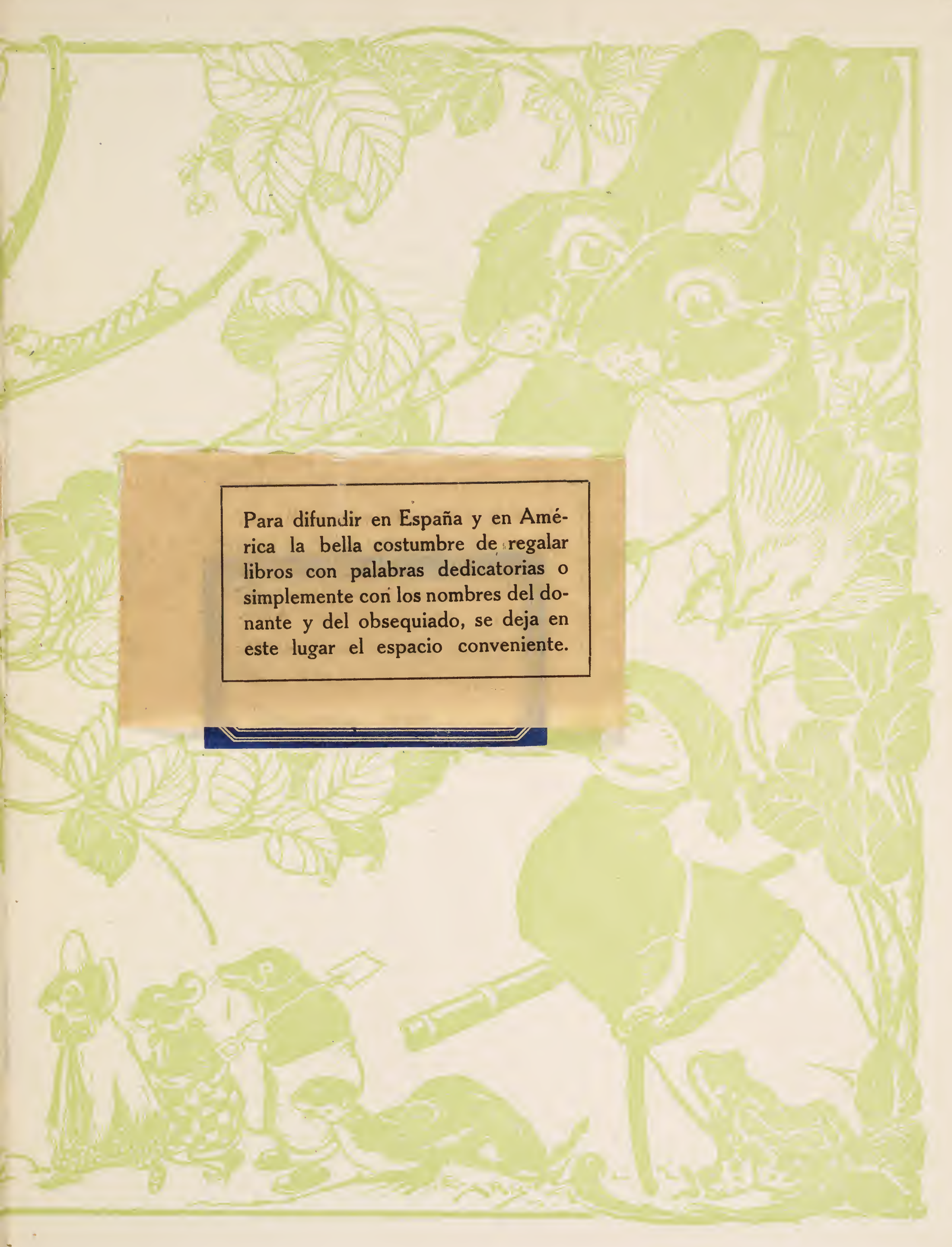
Gazapito y Gazapete

CUENTOS de CALLEJA



Para difundir en España y en América la bella costumbre de regalar libros con palabras dedicatorias o simplemente con los nombres del donante y del obsequiado, se deja en este lugar el espacio conveniente.

Gazapito y Gazapete





CUENTOS DE CALLEJA
EN COLORES

GAZAPITO Y GAZAPETE

ILUSTRACIONES DE
ERNESTO A. ARÍS y de MARCO

CASA EDITORIAL CALLEJA
MADRID

GAZAPITO Y GAZAPETE:

Conejillos mellizos, atrevidos y traviesos, parecidos uno a otro como dos gotas de agua, negros los dos como el tizón, y siempre dispuestos a comerse unos nabos o a hacer alguna diablura.



DOÑA CONEJA, MADRE DE LOS MELLIZOS:

Para poder distinguir al uno del otro, cosió doña Coneja unos remiendos de color azul pálido en la parte de atrás y en la delantera de los pantalones de Gazapito.

Una diablura

CATAPLÚM! ¡Buenos nos pusimos!

El cubo se les volcó encima, y Gazapito y Gazapete se quedaron hechos una sopa.

— Tú tienes la culpa — le dijo muy enfadado Gazapete a Gazapito, llena la boca de jabón, mientras trataba de salir arrastrándose de debajo del cubo.




ERNEST ARIS

— El que la tiene eres tú — le contestó furioso Gazapito. Pero, en fin, fuese la culpa del uno o del otro, es el caso que no había por dónde cogerlos.

Era el día de colada de doña Coneja, la cual se había marchado unos minutillos para darle al puchero una vueltecita, y los endiablados mellizos aprovecharon esta ausencia para hacer una de las suyas.

Se empeñaron en asomarse al cubo para coger pompas de jabón, pero como el cubo estaba colocado encima de un banquillo bastante alto, y los dos eran muy chiquitines, tuvieron que trepar



por los lados para llegar al agua, y cuando ya estaban para alcanzar el borde, ¡cataplúm!, se les volcó el cubo encima.

Y no ocurrió nada más que aquí no cuente, pero ¡buen susto y buen remojón se llevaron don Gazapito y don Gazapete!



Doña Coneja les cuenta un cuento

CUANDO volvió doña Coneja y se encontró en aquel estado y llenos de angustia a nuestros pobres mellizos, no le fué posible enfadarse con ellos, sino que los metió a toda prisa dentro de casa, para dejarles bien secos, y una vez que las ropas estuvieron colgadas y los mellizos sentados muy cómodamente en sus taburetes alrededor del fuego, su madre les contó un cuento.

Era el cuento de un conejillo muy tonto que, a pesar de las muchas advertencias que su mamá le había hecho, se dejó invitar por un desconocido para ir a cenar con él. Como el conejillo era muy inocente, le pareció que aquel forastero era una persona de lo más cariñosa y amable, y sin el menor recelo se marchó en su compañía. Pronto llegaron a la madriguera de su nuevo amigo, y sólo cuando éste se quitó el disfraz que llevaba puesto, se dió cuenta el pobre conejillo de que





don Zorro le había cogido para cenárselo tan ricamente. No hay que decir si se acordó entonces de todos los consejos que su madre le había dado, pero ya era demasiado tarde: nadie volvió nunca a saber del pobre conejillo.

Gazapito y Gazapete sintieron con toda su alma lo que le había ocurrido al héroe del cuento y prometieron tenerlo siempre muy presente y no dejarse engatusar nunca por gente desconocida.





Una visita al mercado

AL amanecer del siguiente día ya estaban levantados los dos mellizos que, a pesar de la mojadura del día anterior, se encontraban tan ricamente. Jugaban fuera de la conejera que les servía de casa, cuando vieron acercarse a un desconocido de aspecto muy simpático. No era otro el forastero que el





tunante de Juanito Arrendajo, un pájaro muy astuto que más de una vez había fastidiado con sus picardías a los habitantes del bosque.

— Buenos días, mellizos — dijo Juanito Arrendajo.

Como los mellizos eran dos conejillos muy bien educados, pensaron que no tenían más remedio que contestar al forastero, y replicaron: «Buenos días».

— ¿No os gustaría venir conmigo al mercado del bosque? — dijo Juanito Arrendajo —. Precisamente yo voy allá ahora mismo. (Hay que tener en cuenta, para que estemos prevenidos, que ese mercado de que hablaba era la huerta del tío Curro).

— ¿Y dónde está eso? — dijo Gazapito.

— Pero si es el sitio donde toda la gente del bosque va a buscar nabos y lechugas —, contestó el pícaro de Arrendajo.

— ¡Uy, y con lo que a mí me gustan los nabos! — dijo Gazapete.



— ¡Pues y a mí! — dijo Gazapito — ¡Anda, vamos con él!

Y olvidando todas las recomendaciones de la madre, el peligro de andar con gente desconocida y hasta el cuento de marras, se dejaron guiar por Juanito Arrendajo y tomaron alegremente el camino del mercado.



Prisioneros

HABÍAN andado un buen trecho a través del bosque, cuando de repente gritaron Gazapito y Gazapete alborozados:

— ¡Un nabo!

Y corrieron los dos a cogerlo.

— Es mío — dijo Gazapito.

— No, que lo vi yo antes — dijo Gazapete.

Y como en la excitación que tenían no podían notar los mellizos la astucia con que estaba colocado el nabo, le agarraron los dos a un tiempo, y... ¡cataplúm! saltó la trampa, cogiendo a los dos dentro de ella.

Como los mellizos eran muy pequeños y no habían visto nunca una trampa, creyeron que se trataba de una broma de Juanito Arrendajo, el cual vendría en seguida a sacarles de allí dentro; así es que se pusieron a dar tirones del nabo para quitárselo el uno al otro.

Pero como el tiempo pasaba y no los sacaba de allí su amigo, los mellizos empezaron a sentir miedo y, llenos de impaciencia, pro-


ERNEST ARIS

baron a escaparse. Pero cuantos más esfuerzos hacían por salir, tanto más se reía Juanito Arrendajo, porque el muy pícaro sabía muy bien, desde hacía tiempo, que aquella trampa estaba allí, y con todo propósito les había llevado para que cayeran en ella.

Cansado al poco rato de contemplar cómo se revolvían de un lado para otro, les dijo con una risita de mala persona:



— ¡Tontainas! Mucho lo siento, pero no puedo esperar a que salgais de ahí.

Y salió volando para buscar ocasiones de hacer nuevas picardías.

Entonces se enteraron los mellizos de que el nabo había sido colocado allí para hacerles caer en la trampa y de que estaban prisioneros.



Mariquita Rata

LOS pobres mellizos, cada vez más asustados, tiraban de la red que cubría la trampa y trataban de romperla, hasta que, rendidos del esfuerzo y medio muertos de cansancio, se echaron por tierra llenos de desesperación.




ERNEST ARIS
14

Tenían demasiado miedo para pensar en comerse el nabo; y se les vino a la cabeza el recuerdo del cuento que su madre les había contado.

— No debíamos haber hecho caso de ese granujilla — dijo Gazapito.

— Lo mismo digo yo — exclamó Gazapete echándose a llorar, porque pensaba en las horribles cosas que les podían ocurrir si no lograban salir de la trampa.

Afortunadamente, en aquel preciso momento pasaba por allí Mariquita Rata, que, al divisar a los mellizos, se dió a escape cuenta de lo que les ocurría, y exclamó:

— ¡Qué tontos sois, hijos!

Y sin perder momento se puso a roer la red con toda diligencia.

En un abrir y cerrar de ojos hizo un agujero lo bastante grande para que los mellizos pudieran escurrirse por él, y podéis estar seguros de que no perdieron tiempo en salir de aquel mal paso.

Estaban locos de alegría por verse de nuevo libres y, llenos de agradecimiento a Mariquita Rata por lo que por ellos había hecho, le dieron las gracias una porción de veces.

Mariquita Rata se marchó, pero antes de dejarles les contó que el bosque estaba lleno de peligros para unos conejillos tan chicos como ellos, y les aconsejó que volvieran a su casa y que otra vez no se marcharan tan lejos.



¡Cuidado con el perro!

PERO los mellizos se volvieron a sentir valientes y olvidaron toda prudencia.

— Yo no tengo ganas de volver a casa — dijo Gazapito.

— Ni yo tampoco. Hay que pasar un día entero fuera de ella — dijo Gazapete.

Y momentos después corrían los dos de nuevo por el bosque.

De repente se pararon al encontrarse frente a una valla, en la que había escritas estas palabras: *¡Cuidado con el perro!*

Llenos de curiosidad, metieron un ojito por una rendija que había en la valla y vieron una huerta llena de coles, lechugas y perejil, en una palabra: de todo lo que puede gustarle a un conejillo.

— Este debe de ser el Mercado — dijo Gazapito.


BEWARE
OF
THE DOG
ERNEST ARIS '14

— ¡Sí, sí! ¡Anda! ¡Vamos a entrar! — dijo Gazapete.

En el momento en que estaban escurriéndose por la rendija de la valla oyeron una vocecita que decía:

— No entréis en esa huerta. ¿No sabéis leer? Ese letrero dice: ¡Cuidado con el perro!

Los mellizos volvieron la cabeza y se encontraron con que la vocecilla era de Rodriguito Rana, que estaba sentado allí cerca, encima de una piedra. Pero como ellos no habían oído hablar en toda su vida de lo que fuese un perro, no hicieron el menor caso de la advertencia y pronto se encontraron en la huerta saboreando las lechugas.



De repente oyeron un gruñido, un ladrido y los pasos de alguien que se acercaba precipitadamente: era el perro, que estaba casi encima de ellos. Los mellizos quedaron horrorizados. Aunque nunca habían visto un perro, como éste tenía una facha tan feroz y tan salvaje, salieron corriendo para salvar el pellejo, consiguiendo escapar por la tabla rota en el preciso momento en que el perro llegaba hasta ella. Afortunadamente, el perro era demasiado grande para pasar por allí, pero se le quedó entre los dientes un buen trozo de los pantalones de Gazapete.

Y mientras los pobres mellizos corrían como alma que lleva el diablo, pudieron oir esta reflexión de Rodriguito Rana:

— ¡Qué tontos sois!



Un buen consejo

LOS mellizos siguieron corriendo a través del bosque, sin atreverse siquiera a volver la cabeza.

— ¡Tontainas! — gritó desde la copa de un árbol, al verles pasar en aquella facha, Tomasito Petirrojo.

— ¡Tontainas! — chilló Marianita Musaraña, escondida en su agujero —. Pero los mellizos estaban demasiado asustados para hacer caso de esas amonestaciones, y siguieron corre que te corre hasta que, rendidos de cansancio, tuvieron que pararse para respirar. Se dejaron caer sobre unos helechos, y durante un buen rato ninguno de los dos dijo ni una sola palabra.


ERNEST ARIS

— ¡De buena hemos escapado! — exclamó al fin Gazapete, cuando se encontró algo más tranquilo.

— ¡Y todo esto nos ha ocurrido en un solo día de excursión! — dijo Gazapito, volviéndose de nuevo valiente al ver que no había señal ninguna de que el perro los siguiera.

— ¿Qué es eso de que todo ha ocurrido en un solo día de excursión? — preguntó una voz. Era el Reyezuelo que estaba allí cerca, encaramado en la rama de una zarza.

Gazapito le contestó contándole todas las aventuras que les habían ocurrido desde que salieron de su casa.

— ¡Tontainas! — exclamó el Reyezuelo —. Estáis muy lejos de vuestra casa. Hacedme caso y volved en seguida a ella. Un bosque



tiene demasiados peligros para que anden solos por él dos conejillos como vosotros.

Pero los mellizos no le hicieron el menor caso.

— A mí me divierte mucho andar solo fuera de casa — dijo Gazapito.

— Y a mí también — dijo Gazapete.

Y como estaban los dos demasiado excitados para volverse atrás, otra vez salieron corriendo a través del bosque.



Las pasaderas

LO que yo no quisiera es tener tanta hambre — dijo Gazapito.

— También tengo yo ganas de tomar alguna cosilla — dijo Gazapete.

— Pues me parece que tendremos que comer hierba, porque lo que es las lechugas y los nabos están hoy bastante difíciles de coger — contestó Gazapito —. Y empezaron a darse una buena comilona de hierba.

Mientras estaban engulléndola pasó, revoloteando muy despacio, una gran mariposa blanca.

— ¡Oye, mariposa! — gritó Gazapito — ¿adónde vas tú tan despacito?

— Voy aquí cerca, a un sitio precioso que está lleno de coles, — contestó la mariposa.

— Nos gustan mucho las coles — dijeron los mellizos —; saben mucho mejor que la hierba.

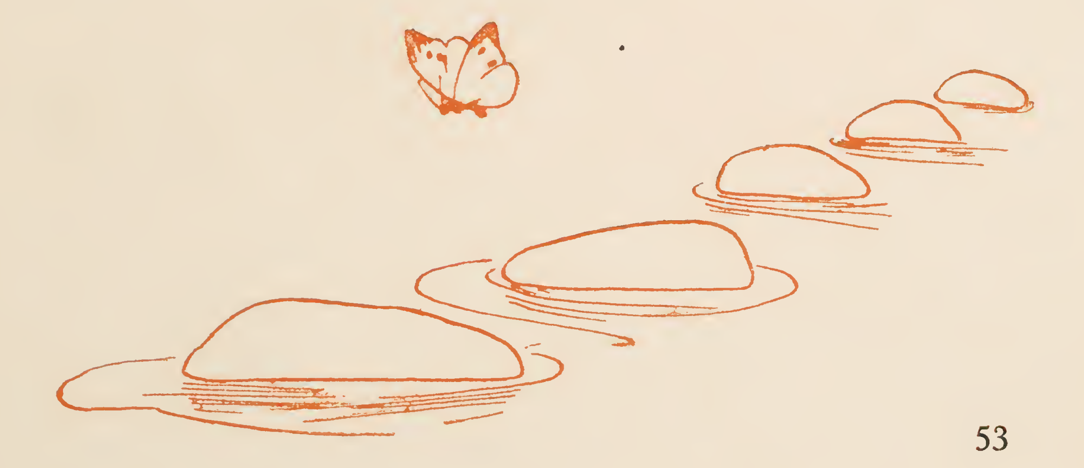
— Venid conmigo si queréis — dijo la mariposa —; pero os advierto que tenéis que cruzar el arroyo por las pasaderas.


ERNEST ARIS

— ¡Toma, si eso es muy fácil! — dijeron los mellizos —, que de nuevo estaban animadísimos. Y siguieron a la mariposa hasta llegar a las pasaderas.

— Me parece que no lo vais a encontrar tan fácil — dijo la mariposa, mientras alegremente volaba por encima del arroyo.

Los mellizos, al verse ya realmente delante de las pasaderas, no se sintieron tan valientes como antes.



— Pasa tú delante — dijo Gazapete.

— No, no; tú primero — dijo Gazapito.

— Pensando en los repollos, Gazapete se adelantó valientemente a cruzar el arroyo, seguido muy de cerca por Gazapito; pero a la mitad del camino empezó Gazapito a sentir miedo y se cogió a Gazapete, y como las piedras estaban muy mojadas y escurridizas, Gazapete dió un resbalón y al volverse para agarrarse a su hermano . . . ¡chas! . . . ¡chas!. . . su fueron al agua de cabeza.



La madriguera del Zorro

AFORTUNADAMENTE, el arroyo no era muy profundo, y los mellizos pudieron llegar a la otra orilla, pero calados hasta los mismísimos huesos. Lo peor del caso era que no se veía por ninguna parte a la mariposa y tuvieron, por lo tanto, que renunciar a la idea de regalarse con un banquete de coles.

— ¿Y para qué queremos las coles? — dijo Gazapete —. Además puede ser que haya otro perro. Lo mejor es que sequemos nuestros trajes al sol y comamos un poco más de hierba —. Y de nuevo se pusieron a merendar.




ERNEST ARIS

Cuando hubieron comido bastante, se echaron a dormir hasta que se les secaran los vestidos. Durmieron un buen rato y despertaron luego tiritando de frío, porque el sol se había ya puesto y el cielo estaba cubierto de nubes. Como los trajes se habían secado ya, se vistieron a toda prisa y continuaron de nuevo andando a través del bosque.

— ¡Qué oscurito se está poniendo! — exclamó Gazapete.

— Y me parece que va a llover — añadió Gazapito, mirando al cielo.

No había acabado de decir esto cuando cayeron las primeras gotas, a las que siguió el distante ruido de un trueno. Los mellizos se asustaron mucho y empezaron a sentir miedo de encontrarse tan lejos de su casa. Cerca del sitio en que se hallaban había un árbol, y viendo al pie del árbol un gran agujero, decidieron meterse en él.

— Me parece a mí que aquí debe vivir alguien — dijo Gazapito.

— Vamos a entrar y veremos lo que hay — dijo Gazapete —. Y se metieron dentro.

Se encontraron en un túnel que se iba ensanchando hasta formar una habitación muy cómoda. Llenos de asombro miraron alrededor suyo y vieron una cama de hojas secas.

— Pues parece que aquí no hay nadie — dijo Gazapito —. Mira, vamos a echarnos aquí y esperemos a que pase la tormenta.

— No hicieron más que acostarse y se quedaron profundamente dormidos.

Hacía un buen rato que estaban durmiendo, cuando les despertó una voz muy bronca que decía:

— ¡Cuánto me alegro de que hayáis venido! Me gustan mucho los gazapillos, y precisamente estaba pensando en lo que podría tener para la cena. Porque habéis de saber que yo soy don Zorro.

Los mellizos habían oído hablar muchas veces de don Zorro, y, horrorizados, dieron un brinco y trataron de escaparse por donde habían entrado, pero don Zorro, que era muy listo, los cogió, y atándoles con cuerdas, los metió en un rincón de su madriguera.



Bartolillo Topo

DESPUÉS de haberse asegurado de que los mellizos no podían escaparse, don Zorro se durmió en un instante, y debía estar soñando con la cena que le esperaba, porque tenía en la cara una sonrisita de placer que daba gusto.

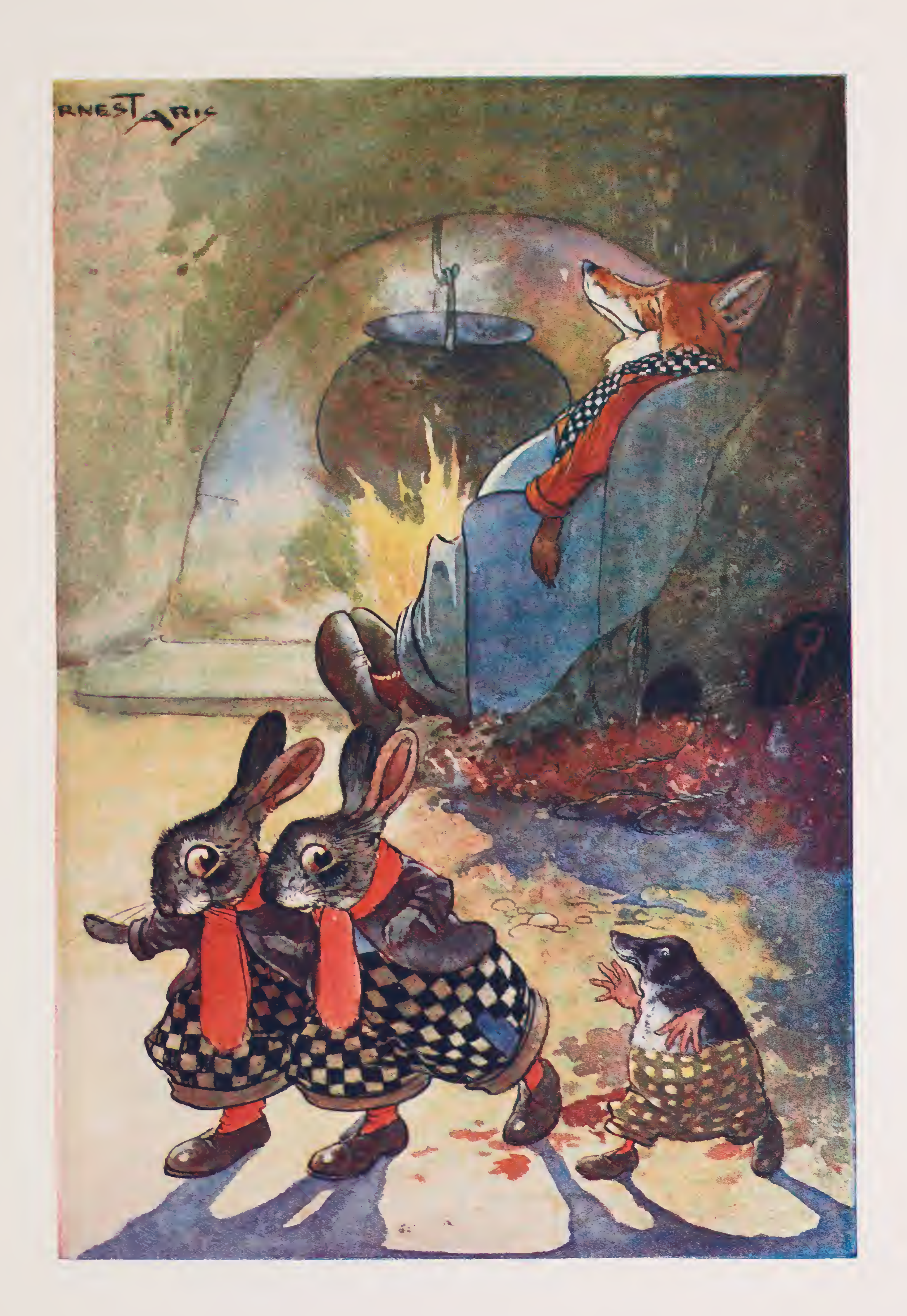
Lucharon los mellizos mucho tiempo por quedar libres de sus ataduras, pero viendo que sus esfuerzos no servían para nada, se agacharon en el rincón, temblorosos de miedo y recordando con todos detalles el cuento que les había contado su madre.

— Debe de ser el mismo Zorro de que hablaba mamá — dijo en voz muy bajita Gazapete.

— No creo yo eso — dijo Gazapito — porque éste ha dicho que le gustan mucho los conejillos, de manera que no nos comerá.

— No lo asegures demasiado — dijo muy quedo una vocecilla cercana con una entonación muy cariñosa. Miraron los mellizos al sitio de donde venía y se encontraron con Bartolillo Topo, que fabricando agujeros para buscar gusanos había hecho casualmente uno que venía a dar a la madriguera del Zorro.

Con toda prisa y silenciosamente se puso Bartolillo Topo a


RNEST ARIS

roer las cuerdas que sujetaban a los mellizos. Apenas se atrevían los pobres a respirar de miedo a despertar a don Zorro, y aunque Bartolillo Topo trabajaba con toda su alma, a ellos les parecía que nunca llegarían a romperse las cuerdas. Don Zorro dió una vuelta en su asiento y gruñó entre dientes algo sobre un pastel de conejo, y los mellizos, muertos de terror, casi perdieron el sentido; pero, afortunadamente, don Zorro estaba soñando. Al fin y al cabo Bartolillo Topo acabó de roer las cuerdas, los mellizos se encontraron libres, y guiados por su libertador se escurrieron silenciosamente fuera de la cueva.

La tormenta había pasado, el sol se estaba poniendo y la noche se echaba encima.



— Y ahora, a casa de prisita — les dijo Bartolillo Topo —; y advirtiéndoles de los peligros que podían correr en el bosque, se despidió de ellos.

Pensaron los mellizos que Bartolillo tenía razón y que no había en realidad mejor sitio que su querida casita para descansar de tanta aventura.

Cargados, pues, de buenas intenciones, corrieron con toda prisa a reunirse con la pobre mamita, que tan inquieta debía estar pensando en ellos.



¡Perdidos!

QUERÍAN los mellizos volver por el mismo camino que habían traído y como ya era casi de noche y se habían internado mucho, no tenían tiempo que perder y aligeraban la carrera sin decir una palabra. Llevaban ya corriendo un largo rato y era completamente de noche, cuando Gazapete empezó a sentirse muy cansado.




ERNEST ARIS

— ¡Quién estuviera metidito en su camita — exclamó acortando un poco el paso.

— ¡Anda, hombre, que ya no debemos estar muy lejos de casa! — dijo Gazapito, cogiéndole de la mano y haciéndole correr de nuevo.

Pero Gazapete sentía como si todas las cosas se pusieran delante de sus pies, y el pobre tropezó con las raíces de unos árboles primero, con unas ramas rotas después, y al fin acabó cayéndose en un agujero. Tantos batacazos dió, que tuvo que sentarse a descansar y a frotarse los huesos, pues los tenía doloridos de los talones a la coronilla.

— No sé dónde nos encontramos — dijo Gazapito — porque de haber seguido el buen camino ya estaríamos en casa de vuelta.

— Tampoco lo sé yo — añadió Gazapete.

— Me está pareciendo a mí que somos realmente unos mellizos muy tontainas — dijo Gazapito que estaba completamente rendido.

Se dieron entonces cuenta de que se habían perdido, y se echaron los dos a llorar; y tanto lloraron que se durmieron.

Una espléndida luna iluminaba aquella noche el bosque, pero no por eso corrían menos peligro nuestros pobres gazapillos.



Rabinilla Comadreja

IÚU - iúu - iúu! ¡Ichchch! Ichchch!

Así silbaba un buho que hizo despertar llenos de sobresalto a los mellizos.

— ¿Qué ruido será ese? — dijo Gazapete.

—No lo sé — contestó Gazapito —. ¿Dónde, dónde estamos?

— ¡Ay! Gazapito, mira, ¿qué será eso que hay ahí? —balbuceó Gazapete lleno de espanto.

Enteramente al lado de ellos había un animal muy pequeño, de color semejante al de un cervatillo, que les miraba fijamente con dos ojos verdes y entreabría la





boca con cruel sonrisa dejando ver unos dientecillos muy blancos y afilados.

— Permitidme que me presente yo misma — dijo la desconocida — Me llamo la señorita Comadreja, aunque los habitantes del bosque me dan el remoquete de Rabinilla Comadreja.

Doña Coneja les había prevenido en tantas ocasiones contra Rabinilla Comadreja, que en cuanto oyeron este nombre les faltó tiempo a los conejillos para dar media vuelta y salir huyendo con la rapidez de un relámpago. Corrían como una flecha a través del bosque, pero siempre que se atrevían a mirar para atrás, veían a la Comadreja que casi les pisaba los talones.



Parecía que el miedo prestaba alas a sus patas cansadas, mas como estaba demasiado oscuro para que se pudiese ver el sitio por donde iban, Gazapito tropezó y cayó rodando al suelo.

La Comadreja le cogió al momento y aunque el pobre Gazapito luchó con todas sus fuerzas, la Comadreja le dió un mordisco en el rabo y le hincó los dientes en la ropa. De repente se oyó un ruido como de algo que se rasga, y, llena de susto, la Comadreja se cayó de espaldas con la boca llena con los fondillos del pantalón de Gazapito. No sabía ella que las telas se rompían, y, mientras se le pasaba el susto, los mellizos corrieron un buen trecho y todo temblorosos se agazaparon entre unos helechos, creyendo haberse salvado de la persecución de la Comadreja.



Periquito Ardilla

SE estuvieron los mellizos muy callados, acurrucaditos un buen rato, y como no oían venir a la Comadreja, se decidieron a continuar su camino. Anduvieron al principio con muchísimo cuidado y al menor ruido corrían a esconderse entre los helechos; pero pronto se les fué quitando el miedo y corrieron más de prisa.




ERNEST ARIS

Al pasar al pie de un gran árbol se sobrecogieron al oir una voz que decía allá en lo alto: — ¿Qué ruido es ese? ¿Quiénes son esos que no me dejan dormir?

Era Periquito Ardilla, que se quedó sorprendido al ver a los mellizos, y les dijo: — Tiempo es ya de que todos los conejillos decentes estén metiditos en su cama. ¿Qué hacéis vosotros por aquí solos los dos a estas horas de la noche?

Los mellizos se excusaron por haberle molestado involuntariamente, le contaron sus aventuras y le preguntaron cuál era el camino para ir a Villagazapo.

Periquito les dió los informes que pedían y añadió: — Tenéis que volver inmediatamente a vuestra casa, porque no creo que Rabinilla Comadreja os deje escapar así tan fácilmente.

Y aún no había acabado de decir estas palabras, cuando Rabinilla Comadreja apareció allá a lo lejos.



— ¡Cuidado, que viene! ¡Corred pronto! — Y después de gritarles así, Periquito Ardilla se apresuró a meterse de nuevo en la cama, mientras los pobres mellizos procuraban salvar el pellejo, perseguidos muy de cerca por Rabinilla Comadreja.



Salvación difícil

Y corrieron por el bosque a través de los helechos, enganchándose en las zarzas, saltando las zanjas y chapoteando en el agua, pero seguidos siempre de Rabinilla Comadreja, que les iba pisando los talones, y sin poder pararse a considerar lo mojados y estropeados que llevaban los vestidos, ni los arañazos y cortaduras que tenían en las caras.

Corrían y corrían sin descanso, hasta que, al cabo, se sintió Gazapito tan profundamente cansado, que falto de fuerzas, al primer tropezón que dió cayó de nuevo al suelo. La Comadreja estaba casi encima de él y al verla se dió el pobre por perdido.

Cerró los ojos y esperó con resignación su triste suerte, pero lo raro del caso era que la Comadreja no llegaba. Abrió los ojos al poco rato y con asombro vió que Gazapete estaba llorando a su lado y que le tiraba de la chaqueta para levantarle. A la Comadreja no se la veía por ninguna parte.

— ¿Dónde està? — dijo Gazapito muy bajo.

Gazapete, con una voz muy asustada, le respondió señalando una luz que parecía moverse de un lado para otro: — ¿Qué será eso


ERNEST ARIS
14

que viene ahí? — La Comadreja, al ver la luz, volvió la espalda y dijo: «¡Pies, para qué os quiero!»

Pero fuera lo que fuese, los mellizos estaban demasiado cansados para hacer un nuevo esfuerzo, y llenos de terror se sentaron en el suelo sin apartar los ojos de aquella misteriosa luz que cada vez se les acercaba más, y pensando qué horrible cosa les iba a suceder inmediatamente.





¡ M a d r e !

MIENTRAS la miraban, la luz se iba acercando poco a poco al sitio en donde ellos estaban sentados. Luego les pareció oir una voz. La luz se acercó todavía más y la voz se oyó más claramente. Era como un tristísimo lamento que gritaba:

— ¡Gazapito! ¡Gazapito! ¡Gazapete! ¡Gazapete!

Era la voz de doña Coneja, que con un farol en la mano había salido en busca de sus gazapillos. Reconocieron los mellizos al momento la voz de su mamá, y locos de alegría corrieron a su encuentro, gritando: ¡Madre! ¡Mamaíta!



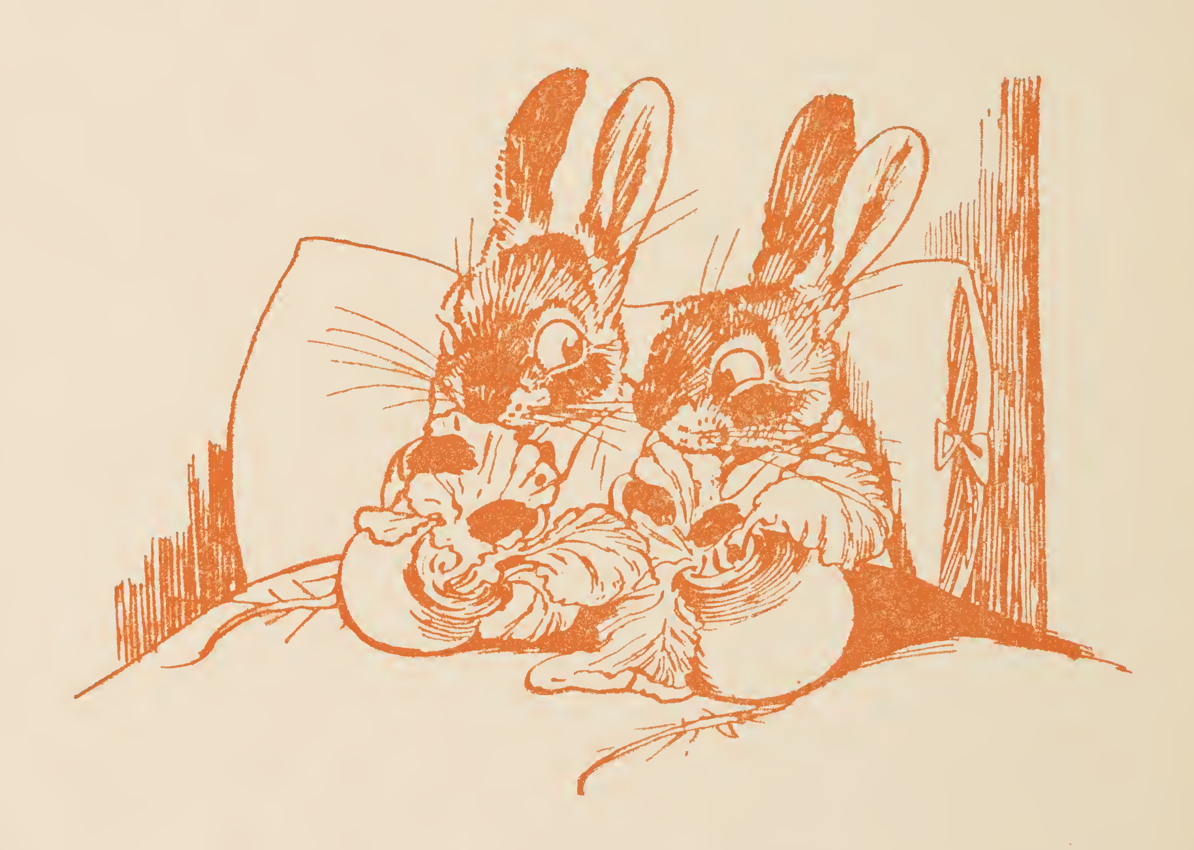


— ¡Pobres mellizos míos! — exclamó doña Coneja — ¿Dónde habéis estado metidos todo el santo día?

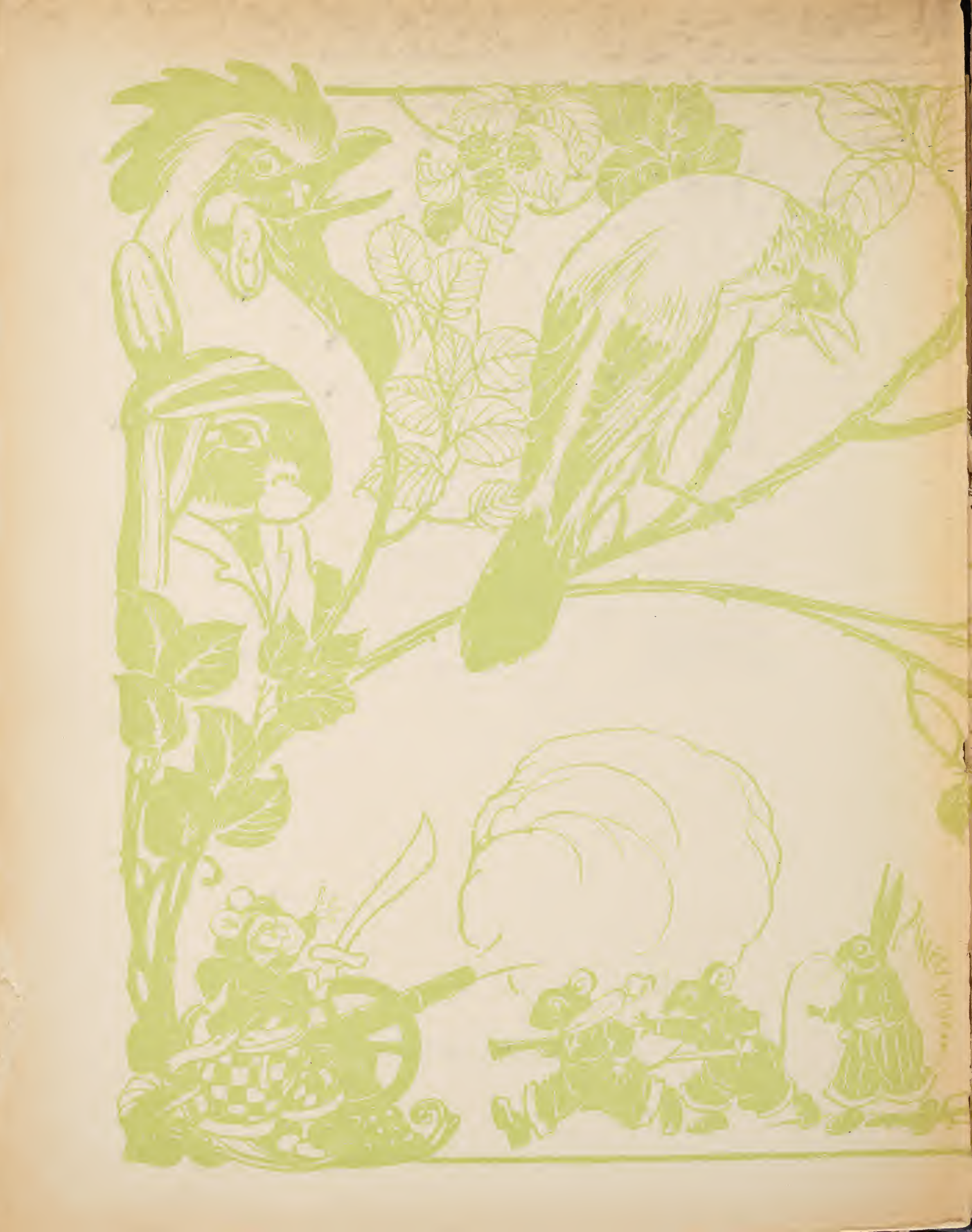
Gazapito y Gazapete le contaron todo lo que les había ocurrido y le prometieron no volver otra vez a dejar su casa sin tener el permiso de su madre. Ella les perdonó la desobediencia porque estaba tan contenta de tenerles de nuevo consigo, que no podía enfadarse con ellos, y cogiendo a cada uno de una mano, emprendieron los tres a toda prisa la vuelta a la casita. Se quitaron allí todas las ropas mojadas y en cuanto se lavaron los arañazos y cortaduras y curaron sus golpes, los metió su madre en una cama bien calentita, dándoles a cada uno un grande y jugoso nabo. Dieron luego un beso y las buenas noches a su querida madrecita y al momento se quedaron dormidos como un tronco.

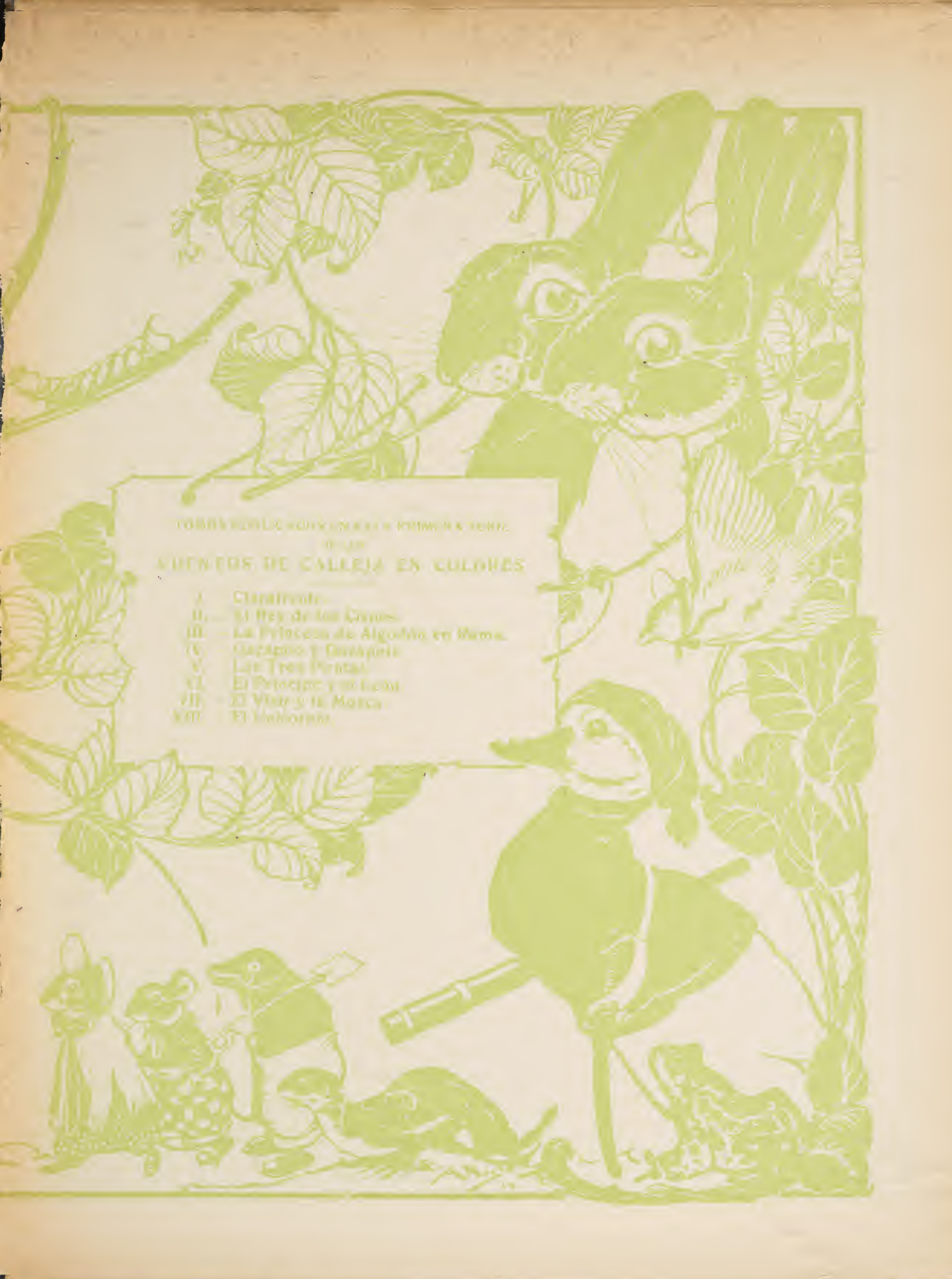
Y yo os aseguro que nunca más se les ocurrió a nuestros conejillos escaparse de nuevo de Villagazapo.





Tipografía Artística - Cervantes, 28 - Madrid




CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES
III. — La Princesa de Algodón en Rama.
VIII. — El Unicornio.

LOS CUENTOS
DE CALLEJA
EN COLORES

TIENEN TRES SERIES

PRIMERA SERIE, A 5 PTAS. TOMO
SEGUNDA SERIE, A 2 PTAS. TOMO
TERCERA SERIE, A 3 PTAS. TOMO

CASA EDITORIAL CALLEJA
CALLE DE VALENCIA, 28
M A D R I D